UNA ACCIÓN DE GRACIAS

Alberto Sauret*

Como mi apellido permite sospechar, pertenezco a la familia de los saurios. En el cuaternario patagónico no existía esta teología de Big Brother que machaca como primeros mandamientos estudiar inglés y computación. Crecí con la enseñanza de que debía plantar un árbol, escribir un libro y engendrar un hijo.

Mucho antes del plagio de Alberto Cortés, en el patio de mi casa y con la ayuda de mi madre planté un arbolito, que en las vacaciones siempre vuelvo a ver. Soy algo distraído y a veces olvido el resto de la tarea, pero bueno, finalmente hoy estoy tratando de cumplir con el segundo requerimiento. Con un poco de paciencia, llegaré a vivir sin deudas, hoy por hoy todo tiene arreglo; además apenas comienza el milenio.

A propósito de esto, me gusta que la aparición del libro se produzca este

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

año. Para los cinéfilos y ex cinéfilos, el 2001 se halla indisolublemente asociado con odisea. Al embarcarme en la aventura de la escritura de éste he tenido la intuición de que las vicisitudes que protagoniza su héroe son trasposiciones de las que vivió Homero mientras componía la obra.

Creo que el de Ulises es el mito que me habita de manera más íntima y persistente –siempre me he vivido como un Odiseo de juguete– experiencia reforzada con la reelaboración de Cavafis:

*Cuando emprendas el regreso a Ítaca,
pide que tu camino sea largo,
rico en aventuras y descubrimientos.*

*Siempre ten a Ítaca en tu mente;
llegar es tu meta, pero no apresures el viaje.*

NOTAS

*Es mejor que dure mucho
y arribes a la isla pleno de expe-
riencias y sabiduría.*

*No esperes encontrar riquezas,
ella te regaló un hermoso viaje
pero nada más puede darte Ítaca.*

Así es, me había acostumbrado a divagar por diminutos archipiélagos que ni figuran en los mapas y ahora me siento un poco vacío sin cartas de navegación que consultar ni singladuras que anotar.

Luego de esperarme unos años, seguramente el Sr. Ernesto Pérez, mi editor, hubiera preferido que antes que con Odiseo me identificara con Aquiles. Perdón, pero uno tampoco puede escoger los mitos que lo animan.

No soy un escritor profesional, para mí la escritura es continuación de mis solitarios juegos infantiles, pertenece al reducto de la plena libertad, y en consecuencia la vivo como un fin en sí mismo. En mis bolsillos siempre llevo notas frescas, me gusta la literatura ínfima y efímera, los textos en permanente estado de borrador, potencialmente infinitos, objeto de mis cajones que a veces abro para los amigos.

Este libro, el único que escriba, es un hecho circunstancial, mera decantación de un pedazo de mi vida, no obstante siento propias esas

cosas que suelen decir los escritores, y suenan a mera retórica, como:

No me deja conforme el resultado final;

Si tuviera que reescribir la obra, la estructuraría muy diferente;

Siento que he crecido con su redacción; o

Este libro es el resultado de las fértiles discusiones con mis alumnos.

También es cierto que pensé que debía darlo por finalizado cuando, impotente para cambiarlo en su cuerpo, empezaba a deformarlo por las notas al pie de página.

Este arribo a Ítaca no ha sido el de un navegante solitario, en todo momento he bogado en el *mare nostrum* del ITAM, mejor dicho en este compartido Río Hondo, donde han tenido lugar algunos de los encuentros más significativos de mi vida.

He querido que este acto sea público, porque se trata de una publicación, pero al mismo tiempo íntimo, con ustedes, la gente con la que comparto mi trabajo, una parte esencial de mi vida. Este libro ha sido engendrado y madurado en el tráfico cotidiano con mis compañeros de trabajo y, sobre todo, con los estudiantes, mis permanentes y más estimulantes interlocutores. Por lo mismo sólo podría ser presentado

aquí, y de mi parte el hecho exige un tono confesional.

Dice el *Eclesiastés* que hay un tiempo para sembrar y otro para recoger. Yo he querido que ésta, con el fruto apenas cosechado, sea también la ocasión de dar lugar a una acción de gracias.

Tengo pocos motivos de orgullo en mi vida, y todos me son externos, dones otorgados gratuitamente sin que haya hecho nada para merecerlos, auténticas gracias.

Cuando consigo dar lo mejor de mí, siempre descubro la presencia de mi madre. La persona más influyente en mi vida.

Esos jinetes navegantes de la inmensidad de la pampa que fueron los gauchos siempre se orientaron por la Cruz del Sur; ella en la mar chicha y en el turbión de la borrasca ha sido mi constelación infalible, mi principio de certidumbre.

Mi otro enorme motivo de orgullo está encarnado en el pequeño grupo de mis amistades. Aunque este acto está auspiciado por el Departamento de Estudios Generales, yo he escogido a los comensales, porque honrado me siento sentado en medio de ellos, puñado de amigos.

He sido en todo momento consciente del enorme riesgo que esto comportaba. Si uno llama a sus amigos para que hablen de uno, de su trabajo, se expone a que le prodiguen

desproporcionados elogios y piropos inmerecidos; pero tengo un par de argumentos en descargo.

En primer lugar, aunque una sentencia (presumiblemente urdida en el mar o en esa metáfora marina que es el desierto) dice que ‘Dios nos crea y el viento nos amontona’, en cuanto a la amistad estoy seguro de que prima el designio sobre las circunstancias atmosféricas, cierta inevitabilidad independiente de las experiencias compartidas, una inocente simpatía.

Quiero decir que así como uno no se enamora o desenamora de quien quisiera, también en la amistad se manifiesta una fatalidad desobediente a la historia: uno no se hace más amigo de las personas con las que más trata; mientras que tiende a frecuentarse con quienes se percibe en amistosa afinidad.

Si hablan bien de mí es porque son mis amigos, pero no son mis amigos solamente porque hemos hecho cosas juntos, por accidental proximidad material. Gracias de todas maneras, es decir, muchas gracias.

En segundo lugar, si me atrevo a exponerme a que mis amigos carguen las tintas a mi favor es porque adhiero con Aristóteles cuando le hace ver a Nicómaco que “el honor es un bien superficial, dado que se encuentra más en quien da la honra que en el que la recibe”.

NOTAS

Le hacen decir a Tales, padre putativo de la filosofía, ‘todo está lleno de dioses’, lo cual me parece no sólo una falta de verdad sino de sentido común, que habla más bien de la proverbial preferencia genérica de los griegos. (Dicen que los perros sueñan con huesos; y nadie comete lapsus con lo que le sucede al vecino.)

Porque no es necesario ser peripatético graduado para comprobar, incontrovertible, que gracias al Demiurgo, el Primer motor o la lascivia de Zeus, afortunadamente la existencia está poblada de diosas (son la sal de la tierra y, antes, su dulzor, por supuesto). Las únicas que pueden exorcizar nuestros demonios o, dicho de otro modo: la poesía es también fuente de la filosofía. (Y la rubia Minerva era una buena mina.)

Como de cierta manera lo aludí, advierto en mi personalidad la ventaja de contar con un determinante componente femenino en la percepción de la vida, por eso he preferido esta simetría interespecífica en los comentarios de esta tarde. Los varones somos seres sin sorpresa: radiantes o nublados. La mujer siempre irradia un misterio lunar, análogo al del símbolo: en el momento que muestra, oculta.

Basta oír o leer la agudeza de un juicio de Luz Elena (esta formidable mujer con nombre de ilustración

griega) para descubrir tras la dulce apasibilidad guadalupana a una mujer impetuosa, apasionada.

Mientras que también, en la inteligente reflexión de Claudia siempre puede percibirse que la manifestación de su mirada intensa, de ardorosa Frida Kahlo, es la mitad que se completa con una delicada sensibilidad.

Ambas han sido mis lectoras implícitas en muchos textos. Luz Elena explícita o tácitamente siempre será destinataria de mis reseñas, el margen de la literatura donde me siento más a gusto, quizá porque más que género menor sea género infantil.

Claudia, más recientemente, a veces ha sido secreta cómplice al saber de mi autoría de artículos publicados en *El Supuesto* con pseudónimo, velo que a veces permite una expresión más libre. (Es una lástima que en *Opción* ya no permitan firmar con nombres supuestos: se están perdiendo colaboraciones de Voltaire, Pablo Neruda o Marilyn Manson...)

Hace unos años un grupo de estudiantes de la Universidad de Oxford promovió el Doctorado *Honoris Causa* a Maradona. En la ceremonia le obsequiaron un trofeo con la leyenda “Maestro inspirador de los que sueñan”. Yo voy a recurrir al recurso literario (y extra literario) universalmente más socorrido, el plagio, para llamarlo más legítima-

NOTAS

mente a Don Carlos de la Isla “Maestro inspirador de los que sueñan”.

Afortunadamente Maradona se dedicó al fútbol, sin él la historia del arte sería más pobre. Afortunadamente el Dr. De la Isla se dedicó a las humanidades. Y no es ésta una observación caprichosa, porque sé de muy buena fuente que en sus años futboleros, el Doctor hacía goles de taco.

Habermelo encontrado con Don Carlos de la Isla es una de las bendiciones que le debo a este lugar, siento la bondad de su amistad como un auténtico privilegio.

Ante tanta desmoralizante mezquindad e insolente cobardía, cruzar una mirada con él ya resulta reconfortante; hasta en sus gestos más espontáneos podemos hallar un estímulo no sólo a la resistencia sino a la valiente entrega sin reservas.

Es un activista ineludible de la honestidad, la lealtad, la autenticidad. A veces fantaseo con escribir un apócrifo platónico que titularía ‘Don Carlos, o de la dignidad’. Nunca estará de más reconocerlo otra vez: El Doctor De la Isla es un genuino maestro, porque con él siempre estamos aprendiendo.

La vida no me concedió carnales; alguna ventaja habría de tener: todos mis hermanos son totalmente espirituales. Quizá por lo mismo, más caro me resulta el término de ‘com-

pañero’. Con Rodolfo somos hermanos, qué duda cabe, pero por sobre todo –y ahora recorro al entrañable Miguel Hernández– es mi ‘compañero del alma, compañero’.

Mi primer día de clases de filosofía en México, a mis espaldas oí una voz que llamaba a alguien diciéndole ‘che’. Con impecable lógica argentina, me dije: ‘qué notable, recién llegué y ya todos me conocen’. En realidad llamaban a Rodolfo, sentado a unos metros de donde yo estaba. Ese día empezamos a conocernos; y aún ‘tenemos que hablar de tantas cosas...’

Bastante tiempo después, porque él había contraído compromisos extra académicos, no podría impartir unas clases y me pidió lo reemplazara. No podía negarme y acepté aterrado. Lo tomé como un mal momento a superar, pero al concluir el semestre percibí que algo prodigioso se había estado produciendo inadvertidamente en mi persona: estaba descubriendo mi vocación más fuerte.

Siempre me ha movido ser amante de Sofía, y no esposarme con ninguna otra. Nunca había pensado en la profesión docente, pero con ella fui descubriendo a la filosofía como actividad práctica. Fue el principio de un camino iniciático que continuó recorriendo dichoso. No me imagino amada más generosa que Sofía, por eso sigo con ella, sin hacer distin-

NOTAS

256

ción entre mis labores de supervivencia física y mis tareas amorosas.

A Rodolfo le debo también mi llegada al ITAM, él nos presentó con el Maestro Benito hace muchos años. Aunque mis grados académicos provienen de otros lugares, yo siento como mi *alma mater* al ITAM, a Estudios Generales, donde he recibido incomparablemente más de lo que podría retribuir y ha sido decisivo en mi formación.

Luego de varios años de trabajo continuo, el ITAM me concedió un año sabático. Soy indisciplinado y disperso y mi doctorado permanecía inconcluso, aproveché ese período entonces para elaborar mi tesis, cuyo tema, aunque continúa mis investigaciones de licenciatura, también me fue sugerido por Rodolfo. Él también me empujó a que publicara ese trabajo, que por indisciplinado y disperso tuve durmiendo unos años y hoy presentamos.

Por eso quiero hacer más público algo que siempre reconozco en privado. Aunque Rodolfo Vázquez es absolutamente inocente del resultado, yo soy un invento suyo. Qué vamos a hacer, ‘el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones’; el Dr. Frankenstein también era un tipo bien intencionado.

Me parece que las guerras son producto de la debilidad, de falta de defensas, que a la violencia empu-

ja tanto la falta de amor como la de humor. (Quizá sea un error vivir el humor como un lujo, cuando es algo esencial. Bergson definió al hombre como el animal que ríe.)

Si me he permitido algún desliz humorístico, ha sido en actitud preventiva. Dije que sentía la necesidad de este acto, pero temía su eventual solemnidad.

La ironía no está reñida con el rigor, al contrario, desconfía de las falsas certezas. Jamás se reirá de lo justo y verdadero. Sólo desprecia lo necio y lo pretencioso.

En la tragedia, reino de Diónisos, dios del vino, se hallan los orígenes de la filosofía. Interesadamente entonces interpreto la sentencia *in vino veritas* para invitarlos a la actitud filosófica de hacer un brindis.

Una última sofistería:

Una vieja tradición que permanece en mitos mediterráneos indica romper la vajilla cuando se celebra un acto único en la vida. Yo les prometo que ésta será la única ocasión en que hayan padecido la presentación de un libro por mi culpa, no obstante, sugiero la heterodoxia de prescindir de la segunda parte del ritual. Gracias y ¡Salud!